

Tres dias ha no comía
Cosa que me dé sustancia,
Sino las amargas yerbas
Que con la boca alcanzaba.
Esta es mi historia, y te pido
Te duelas de mi desgracia;
Que me acompañes y lleves
A la ciudad mas cercana,
Porque desde allí pretendo
Se castigue aquesta infamia.—
Por la mano la tomé,
Y á una quinta la llevaba,
Donde la di de comer
De lo que allí se encontraba,
Y en seguida la ofrecí,
Con mano leal y franca,
Mi ayuda y un buen caballo
Que mas que el viento volaba,
Y el valor de mi persona
Para ir en su compañía.
Dispusimos el viaje,
Y sin detenernos nada,
A Córdoba dimos vista
Haciendo allí nuestra entrada
Por la puerta del Rosario,
Donde al tiempo de dejarla
La eché los brazos al cuello,
Y de esta suerte la hablaba:
—Adios, y le ruego al cielo
Que sea tu dicha tanta,
Que logres tu buen deseo,
Y despues la gloria santa.—
Ella respondió: —Mancebo
Noble, la Virgen te valga,
Y tu accion heróica premie
El alto Rey de la gracia.—
Sentóse en el duro suelo
Aquella rosa temprana
Aguardando por minutos
La aurora de la mañana
Para arrojarle animosa
Al intento que llevaba.
Fué á casa de Don Francisco
De los Rios, noble rama,
Y á un criado le preguntó
Si está su señor en casa,
Y al punto le respondió:
—Su merced está en la cama.—
Sin aguardar mas razones
Allá dentro se arrojara,
Y arrimada al blando lecho,
De aquesta suerte le habla:
—Conocerás, señor mío,
A la que distes el agua
Del bautismo allá en Trujillo,
Y la pusiste Rosaura?
Has de saber que yo soy
La que nunca se criara,
Pues fui la mujer mas frágil
Que se ha visto en toda España.
Por fiarme del amor,
Perdido mi honor se halla:
Mira bien mi tierna edad
Que de quince años no pasa;
No mires el mal sarmiento,
Sino el árbol donde baja,
Que si bien lo consideras
Cierta será la venganza.
Dos traidores me han robado,
Sacándome de mi casa,
Y me han quitado el honor
En Sierra-Morena brava.—

Oyendo esto Don Francisco,
De la cama se levanta,
Y al punto llama á un criado,
Que un caballo le ensillara;
Y ántes de partir dispuso
El dejarla con su hermana
Recogida en un convento
Que de Santa Isabel llaman.
Camina luego á Trujillo,
Y un criado le acompaña,
Que quiere entrar de secreto
Porque no se sepa nada.
Fuése á casa de Don Diego;
Alegre le saludaba,
Y luego le preguntó
Por su querida Rosaura.
Le respondió pensativo
Don Diego aquestas palabras:
—Habrá unos ocho dias
Que se salió de mi casa,
Sin poder hallar persona
Que me diga dónde para,
Y era en mi casa el espejo
En que todos se miraban.—
Oyendo esto Don Francisco,
Sacó del pecho una carta
Y á Don Diego se la dió,
Que la recibe y abraza;
Y mirando el sobrescrito,
De puro gozo lloraba,
Porque conoció la letra
De su querida Rosaura;
Pero dentro iba el pesar,
Que es cosa muy ordinaria
Que no hay placer sin disgusto
En aquesta vida humana.
Abrióla, y hallando dentro
Los alevos que la agravian,
Al señor Corregidor
Cuenta del caso le daba.
Al instante los prendieron,
Y sustanciada la causa,
El juez con recta justicia
A muerte los condenara.
Los meten en la capilla,
Y llorando al cielo claman
Pidiendo misericordia
A la Virgen soberana.
Los sacaron de la cárcel
Por las calles ordinarias,
Diciendo: —Esta es la justicia
Que nuestro monarca manda
Se ejecute en estos hombres,
Pues hicieron tal infamia.—
Llegaron hasta el suplicio
Con ánimo y vigilancia;
Subiéronlos á lo alto;
Ellos con mortales ansias,
Antes de acabarse el Credo,
A Dios entregan sus almas,
Y despues en los caminos
Ponen sus cabezas ambas,
Para ejemplo de atrevidos
Y escarmiento al que mal anda.
Luego el noble Don Francisco
Se volvió á su amada patria,
Y Rosaura en un convento
Con ejemplar vida pasa.
Aquí dió fin esta historia
De la infelice Rosaura.

(Rosaura la de Trujillo, Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES QUE TRATAN DE CAUTIVOS
Y RENEGADOS.

1287.

DON JACINTO DEL CASTILLO Y DOÑA LEONOR
DE LA ROSA.—I.

(Anónimo.)

Sagrada Virgen María,
Antorcha del cielo empero,
Hija del eterno Padre,
Madre del snpremo Hijo,
Dame tu divina gracia,
Pues de véras te lo pido;
Da luz á mi entendimiento
Y á mi torpe pluma brio,
Para que á escribir acierte
El caso mas peregrino
Que celebran los anales,
Ni en las historias se ha oido.
Sucedió en la gran Coruña,
El mejor puerto lucido
Que tiene el mar en su margen,
De mil alabanzas digno.
En esta ilustre ciudad
Nació de padres altivos
Doña Leonor de la Rosa,
A quien el cielo propicio
Se esmeró en dibujarla,
De manera que al sol mismo
Se le opuso en su hermosura
Este encanto de Cupido.
Fué tan grande su belleza,
Que pasaba á ser prodigio,
Pues no hay hombre que la mire
Que no se quede rendido.
En la casa de sus padres
Con el recato debido
Se crió, y apénas tuvo
Los quince abrils cumplidos,
Cuando amor tiró una flecha,
Quedando herida del tiro;
Que la mujer que es hermosa
Trae la desgracia consigo,
Pues bastó llamarse Rosa,
Que pocas rosas he visto
Que no mueran deshojadas
A manos del precipicio.
La causa fué un caballero,
Don Jacinto del Castillo,
Tan galán como bizarro,
Valiente cuanto entendido.
Este dió en galantearla
Con fiestas y regocijos;
La dama le corresponde
Con amorosos cariños,
Que enamorada y rendida
Estaba de Don Jacinto,
Y con palabra de esposa
A su amante satisfizo.
Todas las noches se hablan
Por un balcon, que testigo
Era de sus muchas penas,
Y como amantes tan finos,
Descansa el uno con otro
Repetiendo mil cariños.
Dejemos en este estado
A Leonor y Jacinto,
Gozándose en los coloquios
Que el amor trae consigo;
Y paso pues á dar cuenta,
Y digo que Don Francisco,
Que era padre de esta dama,

Ya tenía otros designios
De dársela á un caballero,
Que era muy rico y su amigo.
Aqueste fué Don Fernando
De Contreras, que rendido
De la singular belleza,
Del encantado prodigio
De la hechicera Leonor,
Determinóse, y le dijo:
—Señor Don Francisco, yo
Como hombre solícito
Alcanzar favores vuestros,
Si merecen que lo activo
De la bellissima mano
De Leonor, que tanto estimo,
Con el renombre de esposa,
Me otorgueis como os lo pido.—
Y Don Francisco que estaba
Deseando aquello mismo,
Al momento se la ofrece
Prometiéndole de fiyo
Con ella dos mil ducados
En plata y en oro fino.
Quedóse así, y Don Fernando,
Contento y agradecido,
Alegre se despidió,
Y al momento Don Francisco
Se partió para su casa:
Dándolas cuenta y aviso
A su mujer y á su hija,
Muy alegremente dijo:
—¿No sabes tú, Leonor,
Hija del corazon mio,
Cómo te tengo casada,
Que será tu gusto y mio,
Con Don Fernando Contreras,
Hombre rico y bien nacido?
Es noble, afable y discreto,
Como tú, Leonor, lo has visto
Solo aguarda tu respuesta
Para dársela al proviso.—
Y Leonor, como tenía
Las potencias y sentidos,
El corazon, vida y alma
En su amante Don Jacinto,
Fué á responder y no pudo,
Que la fuerza de un delirio
La traspuso en un desmayo
Envuelta en un parasismo.
Aquí el coral de sus labios
Eran de jazmin los visos,
Las rosas de sus mejillas
En nieve se han convertido.
Apénas vuelta en su acuerdo,
A Leonor su padre vido,
Volviendo segunda vez
A tratar de lo que ha dicho:
—Acaba, Leonor, acaba,
Responde á lo que te digo,
Porque Don Fernando está
Idolatrando tu hechizo.
Es noble, muy poderoso,
Como ya te he referido;
Te hará dueña de su hacienda,
Tendrás descanso y alivio;
Esto se ha de hacer por fuerza,
Si no quieres por cariño.—
Ella derramando llanto,
Hechos sus ojos dos rios,
Desabrochando palabras,

Resueltamente le ha dicho :
 —Padre y señor, Don Fernando
 Nunca fué del gusto mio.
 ¿Qué implica que sea noble?
 ¿Qué importa que sea rico,
 Si nunca han congeñado
 Sus conceptos con los míos?
 ¿Que Don Fernando sea noble?
 También lo soy, padre mio.
 ¿Que sea dueña de su hacienda?
 Yo soy la que me cautivo :
 La que por fuerza se casa,
 Por interes de lo rico,
 No es ya mujer, sino esclava
 Que se vende en el guarismo
 De la ambiciosa codicia :
 Esto, señor, es muy fijo.
 En cuanto a tomar estado,
 Esto de darme marido
 No ha de ser al gusto vuestro,
 Que ha de ser al gusto mio ;
 Y pues es fuerza os declare,
 Como á padre, mi designio,
 Yo tengo puesto mi afecto,
 El corazon y sentido,
 Por mandado de mi amor,
 En Jacinto del Castillo :
 Con él tengo esposo á gusto,
 Pues como al alma le estimo.—
 Viéndola el padre resuelta,
 Furioso, ensoberbecido,
 Asíola por los cabellos
 Que eran hebras de oro fino ;
 Dióla golpes, y arrastrando
 La metió en su cuarto mismo :
 Con un puñal en la mano,
 En viva rabia encendido,
 Amenazóla de muerte,
 Diciendo : — Haz lo que te digo,
 O la vida rendirás
 Al golpe de este cuchillo.—
 Viendo Leonor que en su pecho
 Moraba el de Don Jacinto,
 Y que es fuerza peligrase
 En semejante conflicto,
 Con un cauteloso engaño
 Dijo : — Padre y señor mio,
 Ya me resuelvo á que sea
 Don Fernando esposo mio.—
 Con esto el padre abrazóla,
 Contento y agradecido
 Dejándola ; pero al cabo
 De cuatro dias ó cinco
 Escribió Doña Leonor
 Un papel á Don Jacinto,
 Diciendo lo que la pasa,
 Que la sacase al proviso.
 Mas no fué tan en secreto,
 Que lo cogió Don Francisco,
 Y hallóla firme y constante,
 Segun por lo contenido.
 Volvió otra vez indignado,
 Y á Doña Leonor la dijo :
 —Mira, infame, este papel
 Que envias á Don Jacinto.—
 Encerróla, y dispusieron
 Que con Fernando al proviso
 El vicario la casase
 Por evitar un peligro.
 Pues en andando el dinero
 Todo se halla concedido.
 Quisiera escribir aqui
 Las lágrimas y suspiros,
 Los sollozos, los lamentos,
 Los pesares y los gritos
 Que la triste dama hacia ;
 Mas bien lo dice ello mismo.
 Si el disimular su pena
 No la fuera tan preciso,

Reventara de dolor ;
 Mas volvióse basilisco.
 Cual vibora, cual serpiente,
 Que con su veneno mismo
 Antepone su venganza
 Destruyendo á su enemigo,
 Tuvo lugar y escribió,
 Diciéndole á Don Jacinto :
 «Esposo mio y señor,
 »Dueño del alma querido,
 »Hoy mi padre de por fuerza,
 »¡Con harto dolor lo digo!
 »¡Con qué pena lo refiero,
 »Y con qué llanto lo escribo!
 »Hoy me ha casado ¡ay de mí!
 »Hoy te perdí, dueño mio,
 »Y, de pesar de esta pena,
 »Las lágrimas hilo á hilo
 »De mis ojos se desprenden ;
 »Remediarlo no he podido.
 »¿Yo casada sin mi gusto?
 »¡Reviento solo en decirlo!
 »¿Yo verme con otro dueño?
 »¿Yo en brazos de mi enemigo?
 »¡Ea, mueran los que causan
 »Tus disgustos y los míos!
 »Para esta noche te espero,
 »Vendrás bien apercebido,
 »Que una criada avisada
 »Te entrará en el cuarto mio.
 »Muera, muera Don Fernando,
 »Pues mi padre lo ha querido!
 »Y nos iremos los dos,
 »Que en otro reino distinto
 »Nos casaremos despues,
 »Que ya tengo prevenidos
 »Muchos doblones y joyas,
 »Muchas sortijas y anillos.
 »Esto, señor, te encarezco,
 »No haya falta en lo que digo.»
 Todo aquel dia se estuvo
 El padre con los padrinos,
 Trazando para la noche
 Mil fiestas y regocijos,
 Y la cautelosa dama
 Al inocente marido,
 Para encubrir su ponzoña,
 Mostraba amor y cariño.
 Vino la noche, y con ella
 A la puerta Don Jacinto
 Bien prevenido de armas ;
 Y la criada al proviso
 Le ha tomado de la mano
 Y en un cuarto le ha metido
 Sin que nadie reparara,
 Y allí se quedó escondido.
 Llegó en fin la media noche,
 Se terminó el regocijo,
 Y todos los convidados
 A sus casas se habian ido.
 Entró Leonor en su cuarto,
 Halló en él á Don Jacinto,
 Y allí trataron el cómo
 Han de lograr su designio.
 Entró despues Don Fernando,
 Despojándose el vestido ;
 Pensando hallarse en los brazos
 De Leonor, que tanto quiso,
 Se halló en brazos de la muerte,
 Porque salió Don Jacinto,
 Y con recias puñaladas
 Abrió al alma dos postigos ;
 Y revolcado en su sangre
 Se quedó cadáver frio.
 Acuden los dos consuegros
 Al alboroto y ruido,
 Y al soplo de dos pistolas
 Las dos vidas han rendido ;
 Y saliéndose del cuarto

Encontró Leonor á un tio,
 Diciendo : — ¡Viles traidores,
 Pagaréis vuestro delito!—
 Asíó á Leonor de la ropa,
 Y ella con varonil brio,
 De un fuerte carabinazo
 El corazon le ha partido ;
 Y saliéndose á la calle,
 Allí montaron muy listos
 En un ligero caballo
 Que tenían prevenido.
 Al estruendo y alboroto
 Toda la justicia vino,
 Solicitando prenderlos ;
 Mas Don Jacinto atrevido ;
 Con dos fuertes trabucazos
 Derribó cuatro ministros,
 Con que franqueó la calle,
 Y saliéndose al camino,
 Dejan de correr y vuelan,
 Huyendo de su peligro.
 Y yo en la segunda parte,
 Segun consta por escrito,
 Diré cómo se embarcaron
 Y cómo fueron cautivos,
 Y la muerte que tuvieron
 Doña Leonor y Don Jacinto.
 (Don Jacinto del Castillo, etc. Pliego suelto.)

1288.

DON JACINTO DEL CASTILLO Y DOÑA LEONOR
DE LA ROSA.—II.

(Anónimo.)

Ya dije en la primer parte
 Cómo va por el camino
 Don Jacinto con Leonor
 Ambos del amor rendidos.
 Apenas el claro dia
 Daba luz á los nacidos,
 Del camino se apartaron,
 Y entre unos ásperos riscos
 De una frondosa montaña
 Se quedaron escondidos.
 Pidió Leonor en merced
 La conceda Don Jacinto
 Guardase la castidad,
 Hasta que el cielo divino
 Les eche su bendicion :
 —Esto, señor, os suplico,
 Porque quiero me goceis
 No galan, sino marido :
 Y como hombre discreto,
 Lo concedió Don Jacinto,
 Que los generosos pechos
 Saben vencerse á si mismos.
 Llegó la noche y caminan,
 Y de la suerte que digo
 Llegaron hasta Bayona,
 Que es puerto de mar muy rico,
 Al tiempo que un mercader
 Salia con su navio
 A la ciudad de Venecia,
 Con que ajustó Don Jacinto
 El viaje, y se embarcaron
 Con contento y regocijo,
 Haciéndose á la vela,
 Surcando el mar cristalino.
 Pero trajo la desgracia
 Dos navios arjelinos ;
 Los cercan por todas partes,
 Con que apresan el navio,
 Y despues de aprisionados
 Con cadenas y con grillos
 Dieron en Arjel con ellos,
 Y á pregon fueron vendidos.
 A Jacinto y á Leonor
 Los compró un moro muy rico,

El cual los presentó á Zaida
 Por la estimacion que hizo.
 Es del rey de Arjel hermana
 Hermosa como el sol mismo,
 La cual contenta y alegre
 Recibió los dos cautivos.
 Estimó mucho el presente,
 Y así que la turca vido
 La belleza de Leonor,
 Lo bien dispuesta y su brio,
 La hizo dama de su estrado ;
 Y viendo de Don Jacinto
 Lo galan y lo bizarro,
 Lo discreto y lo entendido,
 Le hizo su mayordomo.
 También juntamente hizo
 De que la arábica lengua
 Le enseñasen al proviso.
 Tan buena cuenta le daba,
 Cuidadoso y discursivo,
 Que ya Zaida se abrasaba
 En amores del cautivo.
 Se quejaba una mañana
 A sus solas Don Jacinto,
 Pensando nadie le oia,
 Y a estas palabras dijo :
 —Sagrada Virgen Maria,
 Madre del Verbo divino,
 Ten de mi misericordia,
 Y si á tu santo servicio
 Conviene el que yo padezca,
 Padezca, que es gusto mio :
 Llleven sobre mi trabajos,
 Y los mas fuertes martirios
 Que ha inventado la herejia,
 Pues lo tengo merecido.—
 Zaida, que escuchando estaba
 Los lamentos de Jacinto,
 Entró con semblante alegre ;
 Diciendo : — Cristiano mio,
 ¿Qué tienes que tal te quejas
 Lloroso y enternecido,
 Que puedes al duro bronce
 Ablandar con tus suspiros?—
 Con humildad la responde :
 —Estoy pensando en el libro
 De mis trágicos sucesos,
 Y en pensándolo, me aflijo.
 —¿Serás casado en tu tierra?
 —Nunca, señora, lo he sido.
 —¿Tendrás amor en España?
 —Es verdad que lo he tenido ;
 Pero ahora no lo tengo,
 Porque los conceptos míos
 Están todos en Arjel ;
 Este es el dolor que gimo.—
 Y Zaida muy vergonzosa
 Le dice : — Mira, cautivo,
 Si tú olvidas á tu Dios
 Y sigues la ley que sigo
 De mi profeta Mahoma,
 Tú te casarás conmigo,
 Gozarás muchas riquezas,
 Y tendrás muchos cautivos :
 Esto has de hacer, no lo dudes,
 Esto te está bien, Jacinto.—
 El cual respondió muy triste,
 Formando un grande suspiro :
 —¿Cómo quieres que yo olvide
 A un Dios de gracia infinito,
 A un Dios que por su bondad
 Quiso y por su amor divino
 Redimirme con su sangre
 Por librarme del abismo?
 ¿Cómo puedo ser ingrato
 A quien tanto bien me hizo?
 —Calla, infame, no prosigas,
 Que á no hacer lo que te digo,
 Con la vida pagarás

La vergüenza que reprimo.
Deja, cristiano, tu ley,
Accede á lo que te digo,
Que aquel que sigue á Mahoma
Goza bienes infinitos;
Si no lo quieres hacer,
Tendrás el mayor castigo
Que se haya visto en Arjel.—
Y replicó Don Jacinto:
—No dejaré yo mi ley,
Que esto fuera un barbarismo,
Aunque mil vidas tuviera
Que rendirle en sacrificio.
La ley de Dios resplandezca,
Que Mahoma es un maldito:
Síguele, que irá tu alma
A los profundos abismos.—
Con esto Zaida indignada
Salió fuera dando gritos:
—¡Ah de mis soldados! ¡hola!
¡Ah de mi guardia y ministros!
Venid, prendan al instante
A este cristiano atrevido,
Que quiso soberbio ó loco
Violentar el honor mio.
Tome mi hermano venganza
De aqueste infame cautivo,
Que no es razon que se quede
Esta maldad sin castigo.—
A las voces acudieron,
Y prenden á Don Jacinto:
Sin hacerle mas probanza
Que lo que la turca dijo,
Le sentencian á quemar
Por blasfemo y por lascivo.
Dejemos en la prision,
Entre cadenas y grillos,
A Don Jacinto, y pasemos
A la dama, que es preciso,
Porque en este mismo tiempo
Estaba el moro encendido
En amores de Leonor,
Y que estaba tan perdido
Trazando por mil maneras
El rendirla á su apetito.
Persuadióla muchas veces
Mostrándose amante fino;
Pero la discreta dama
Nunca dió á su amor oído.
Un día la cogió á solas,
Que la desgracia lo quiso;
Encerróla en un retrete,
Y estas palabras la dijo:
—Hermosísima Leonor,
Rémora de mis sentidos,
¿Así desprecias á un rey,
Señor de tal poderío?
Reniega de Dios, reniega,
Que haciendo lo que te digo
Tendrás reinos y vasallos,
Joyas, diamantes, zafiros;
Pues siendo tu amante un rey,
Todo estará á tu servicio.
Y pues te tengo en paraje
Que por imposible miro
De mí te puedas librar,
He de hacer el gusto mio,
Sin que tus fuerzas te valgan,
Ni te aprovechen los gritos:
Esto se ha de hacer por fuerza,
Si no quieres por cariño;
Y advierte de que soy rey
En mis gustos tan altivo,
Que á no hacer lo que te mando
Seré tu fiero enemigo.
¿Qué respondes, Leonor?—
Y ella suspirando dijo:
—Eso es causarse en vano,
Y yo tengo á desvarío

El pedirme que reniegue
Del Señor que el cielo hizo.
En cuanto á querer lograrme,
Esto, señor, bien lo afirmo
Que ha de ser muy imposible
El alcanzarlo conmigo.
Confieso qu'eres mi rey,
Y como rey, señor mio,
La vida podrás quitarme;
Pero no el honor que estimo.—
Viendo el moro de Leonor
La dureza con lo esquivo,
Fué á asirla para lograrla,
Y ella viendo su peligro,
Sacó al moro de la cinta
El alfanje damasquinó;
Prosigue el moro en su intento,
Y ella resuelta le ha dicho:
—Así defendiendo mi honor,
Aun de los reyes lascivos:—
Y con un fiero reves
Le dejó un brazo en un hilo.
Viéndola el moro resuelta,
Y viéndose mal herido,
Comenzó á llamar á voces
A su guardia, y luego vino.
—A esta homicida cristiana
Prendedla, soldados míos,
Y haced que rinda la vida
Entre crueles martirios,
Pues fué su intento matarme
Con el mismo alfanje mio.—
Como en la mano le tiene,
La comprueban el delito:
Ven al Rey que está mortal
Y con su sangre teñido;
Prendiéronla, y la llevaron
Adonde está Don Jacinto.
De que se vieron los dos,
Ambos llorando hilo á hilo,
Jacinto llora á Leonor,
Y Leonor llora á Jacinto,
Diciendo: —Esposo del alma,
Ya se cumple el gusto mio;
Ya estoy condenada á muerte,
Y voy á morir contigo,
Y esto por guardar mi honor
Del Rey, que lograrme quiso,
Y porque no renegué
De la ley de Jesucristo.
Esta es la postrera vez
Que hemos de hablar, dueño mio:
Ya no nos veremos mas,
Pues nos espera el suplicio,
Y la muerte nos aparta,
Porque la suerte ha querido
No nos logremos casados.—
Y llorando se han pedido
El uno al otro perdon,
Y se perdonaron finos,
Y abrazados tiernamente,
Se dicen enternecidos:
—Ten ánimo, esposa mia:
—Ten valor tú, dueño mio,
Que para Dios todo es nada:
Ya nuestro intento es cumplido;
Sirva este abrazo de yugo,
Los suspiros de padrinos;
Sea nuestro amor las arras,
Nuestra firmeza el anillo,
Nuestras congojas la mano,
Las lágrimas los testigos,
El tálamo nuestras penas,
La bendición los martirios,
Pues con martirios se curan
Yerros que hemos cometido.—
Y á la siguiente mañana
Los infernales ministros
Sacan á los dos amantes

De donde estaban metidos,
A cumplirles la sentencia
En pago de sus delitos.
Encima de un carro-mato
Venían apercebidos
Con dos palos hecha un aspa,
Y luego entre cuatro ó cinco
A Leonor la desnudaron,
Deshonestos y atrevidos,
Hasta que en carnes la dejan,
Enseñándola al gentío;
Y con tenazas ardiendo,
Los infernales ministros,
De sus delicadas carnes
La van tirando pelliczos.
Deci: la triste dama
Con dolor tan excesivo:
—¡Ay! sea por la pasión
Que padeció Jesucristo.—
Alzó los ojos al cielo,
Y dijo: —¡Dios Señor mio!
¡Inmenso Rey de la gloria!
Este afrentoso martirio,
Esta vida, estos tormentos,
Os ofrezco en sacrificio,
En recompensa, Señor,
De mis culpas y delitos.—
Del mismo modo llevaban
Por delante á Don Jacinto,
Y de este modo llegaron
Al incendio prevenido,
De todos apedreados,
Desde el mas viejo al mas niño.
Llegaron ensangrentados,
Y luego los homicidos
Los juntan por las espaldas
Muy fuertemente ceñidos;
Al incendio los arrojan,
Y entrambos arrepentidos
Entre las llamas decian:
—¡Inmenso Dios infinito!
¡Misericordia, Señor,
Clemencia y perdón pedimos!
En vuestras manos, gran Dios,
Nuestras almas os rendimos...—
Y de esta suerte acabaron
Los dos amantes tan finos.
Sirva de ejemplo á los padres
Que violentan á sus hijos
Para que tomen estado,
De algun interes movidos,
Para que tenga con esto
El suceso finiquito.

(Don Jacinto del Castillo, etc. Pliego suelto.)

1289.

CELINDA Y DON ANTONIO MORENO. — I.

(Anónimo.)

Ayudado de Dios Padre,
Criador del universo,
Y su Hijo soberano,
Y del Espíritu inmenso,
Que en tres divinas personas
Hay solo un Dios verdadero,
Pues con este patrocinio
Fijo tendré el desempeño
Para que mi tosea pluma
Escriba un nuevo suceso,
Que otro como él no se halla
En los anales del tiempo.
Año de cuarenta y nueve
Sobre mil y setecientos,
De enero á los veinte y cuatro,
Cautivaron un mancebo,
Hijo de muy nobles padres,
De la ciudad de Toledo,

Y su nombre y apellido
Es Don Antonio Moreno.
Este, por cierta ocasion
Salió de su patria huyendo:
Fuése á Motril, y una tarde
Con otros dos compañeros
Se ha salido á divertir
En un barquillo pequeño.
Por las cristalinas aguas
Se entraron el mar adentro;
Descubrieron que venia
Navegando á vela y remo
De moros, una fragata,
Y los cautivaron luego,
Y los conducen á Arjel,
Y en su plaza los vendieron.
Le compró por suerte un moro
Al toledano mancebo,
Que le llaman Audalá,
Hombre de mucho respeto,
El cual tenia una hija,
Discreta y hermosa á un tiempo,
La que llamaban Celinda,
Y andan muchos caballeros
Moros por casar con ella;
Mas hacia menosprecio
De todos, porque tenia
La voluntad y amor puesto
En el cautivo cristiano,
Pues le amaba con desvelo.
Un día le llamó á solas
Dentro de su jardin mesmo;
Le dice: —Cristiano mio,
Escúchame, que pretendo
Que me digas la verdad,
Y es que de tí saber quiero
Si eres casado en tu tierra,
O tienes allá algun dueño
Que te lleve la pasión.—
—¿Por qué me preguntas esto?—
El cristiano le responde;
Y ella dice: —Porque quiero
Que tú te cases conmigo,
Que es el empeño que tengo.
—No soy casado, responde,
Ni tengo en mi tierra dueño
Que me lleve la pasión,
Aunque tengo impedimento
Para no poder casarme
Contigo, segun derecho
De mi ley, que no permite
Que un cristiano verdadero
Que profesa la ley santa
Cometa tal desacierto:
Aquestos son los motivos
Muy suficientes que tengo.
—¿Pues no puedes renegar?
—No, señora, que no quiero;
Que si yo deo mi ley,
Por gozar ese trofeo,
Después iré á padecer
Eternamente al infierno;
Si te volvieras cristiana,
Casara contigo luego.
—Yo no quiero ser cristiana,
Dice la mora; que tengo
Hecho el voto de morir
En esta ley que profeso,
Que estimo mucho á Mahoma,
Y es un señor tan supremo,
Que en saliendo de este mundo,
A todos nos lleva al cielo.
—Eso sí, dice el cristiano,
Sin que lo jures lo creo,
Que le irán á acompañar,
Pero no será á tal puesto.
—¿Pues adónde?—Y él la dice:
—A los profundos infiernos.
—Calla, cristiano: ¿estás loco?

Que Mahoma está en el cielo,
Y es señor de lo criado,
Y te juro por él mismo,
Darte, si á tu Dios no niegas,
El castigo mas tremendo
Que se haya visto en Arjel.—
Mas la respondió Moreno:
—Pues yo no dejo á mi Dios
Por seguir á ese embustero;
Y si no, escucha, y diré
De su fin y nacimiento.
Mahoma, cuando su madre¹
Le parió estando en el lecho,
De un letargo que les dió
Padre y madre se murieron.
Un tio suyo buscóle.
Un ama, y dándole el pecho
Veía un demonio que estaba
Consigo á su lado puesto.
Viendo el tio que salía
Tan pertinaz y soberbio,
Le echó al campo, y el oficio
Que tuvo fué de vaquero,
Y se amistó con un monje
Idólatra y hechicero,
Creyendo en sus herejías;
Y viéndole tan experto,
Le habló con dulces palabras
Dándole malos consejos,
Y en breve tiempo salió
Mas que el maestro, maestro,
Y escribió su mala secta
Con tan viles documentos.
Era muy enamorado,
Y un día salió á paseo,
Donde vido una judía
Primorosa, y con requiebros
Solicitó su hermosura
Con caricias y con ruegos.
Ella dió cuenta á los suyos,
Y entre todos dispusieron
Darle la muerte á Mahoma;
Después á ella dijeron
Que lo llevase á su casa,
Y escondidos estuvieron
En un cuarto, y de que entró,
Salen, y muerte le dieron,
Y cortándole una pierna,
Con mil olores la ungieron,
Y á unos cerdos luego echaron
La demas parte del cuerpo,
Y se lo comieron todo.
Hasta los mismos cabellos;
Y viendo no parecia,
Sus amigos le echan ménos,
Y procurando buscarle,
En cas la judía fuéron,
Y preguntando por él.
Les dice:—Ya se fué al cielo,
Y estando aquí en mi presencia,
Unos ángeles vinieron,
Y arrebatado lo llevan;
Mas yo que miraba esto,
Me arrojé, y así una pierna
Muy fuertemente, y con recios
Tirones se la saqué,
Y ellos llevarónse el cuerpo;
Y cuando ya iba volando,
Me habló él, así diciendo,
Que en la gloria me aguardaba:
Y para prueba de aquesto,
Aquí está su misma pierna.—
Se la mostró, y la creyeron;
Y la pierna que decia
La llevaron y pusieron
Allá en la casa de Meca
Donde ignorantes y ciegos
Adorais un zancarrón,
Pues él está en los infiernos.

Y esto lo podré probar
Con un autor docto y bueno;
Este es San Pedro Pascual,
Y en sus escritos discretos
Se hallará aquesta noticia
Escrita del santo mesmo.—
La mora, que aquesto oyó,
Le ha respondido: —Reniego
De ese maldito Mahoma,
Que ya seguirle no quiero.
Dime, dime de tu Dios,
Que saber quién es deseo.—
Y en otra segunda parte
Daré fin á este suceso.

(Celinda y Don Antonio Moreno, Pliego suelto.)

¹ Es muy notable en este romance la historia de Mahoma, que refiere llena de fábulas y calumnias que pretenden apoyarse en la autoridad de San Pedro Pascual. ¿Quién no se ha de reír del origen que se da al famoso y fabuloso zancarrón de Mahoma, que tanto agrada y tanto cree el vulgo todavía? Pero nada de esto es de extrañar, cuando se observa que los mismos españoles que trataron y vivieron con los moros, creían que estos eran paganos, que idolatraban y adoraban á Apolin, á Tra bagante y á otros ídolos. ¿Cómo ignoraron que el Alcoran era un código del mas exclusivo theismo, y que desterraba de los templos, mezquitas y sus adornos, las imágenes y pinturas de seres vivientes, fuesen hombres ó animales? Pues bien, errores tan crasos, fábulas tan estúpidas, predominaron en toda la Europa y hasta entre los cruzados que visitaron y conquistaron sobre los musulmanes una parte de la Siria, no bastándole el trato con ellos para desvanecer las preocupaciones que un clero ignorante les habia inculcado casi desde el tiempo en que apareció el profeta, falso sí, pero que siempre se mostró enemigo de la idolatría, y que se atribuyó y realizó la misior de derribarla y destruirla.

1290.

CELINDA Y DON ANTONIO MORENO.—II.

(Anónimo.)

Ya dije en la primer parte
Cómo se quedó en silencio
La respuesta del cristiano;
Y la mora con deseos
De saber quién era Dios,
Buscaba lugar y tiempo
Para hablar á su querido:
Un día logró su intento,
Y llamándole le dice:
—¿Quién es tu Dios?— Y contento
Le respondió Don Antonio
Con fe viva, ardiente celo:
—Es mi Dios un Dios tan grande,
Que no conoce otro dueño;
Una substancia increada,
Y para dejar conceptos
Teológicos, solo basten
Los materiales ejemplos.
Búscame el poder mayor,
Y es de su poder diseño;
Busca la sabiduría,
Y en él la encontrarás luego;
De todas las hermosuras
Es el hacedor y dueño;
Es la causa de las causas,
Y esos once pavimentos
Los mueve por su bondad
Con tan bellos movimientos.
De toda la tierra es
Hacedor el mas supremo;
No hay planta, flor, animal,
Astros, casas, elementos,
Que no dependan unidos,
De su mandato supremo.
Es el premio de los justos,
Castigo de los soberbios,
Padre que nunca se acaba,
Deidad que no tiene miedos;
Incompreensible, infinito,

Y aquesto es ser Dios perfecto.
Tomó nuestra humanidad
Por grandísimos misterios,
Que te declararé cuando
Conozcas ya los propuestos.
Encarnó en Virgen divina,
Tan pura como los cielos,
Y mas que los cielos mismos,
Pues quedó virgen pariendo.
—Eso no, dijo la mora,
Eso no puedo creerlo:
Cuanto hasta aquí has referido
Al punto te lo concedo;
Pero eso que ahora me dices,
Nunca lo tendré por cierto:
Parir y quedar doncella
Una mujer, no lo creo.
—Pues bien lo puedes creer,
Y nunca dudes en ello.
¿O puede Dios, ó no puede?
El poder, claro lo vemos,
El no poder, no es posible,
Porque puede como inmenso.
Mas para que no lo ignores,
Escucha este bello ejemplo.
¿No has visto por un cristal,
Sin lastimarse lo terso,
Penetrarse la luz pura
Del sol, la luna ó luceros?
Pues de ese modo pasó
Aquel superior reflejo,
Por don de sutilidad
Y don de poder inmenso;
Como la nave que corre
Ese cristalino velo,
Quedando las aguas todas
Sin señal de rompimiento:
Así este misterio fué.
—Ahora digo que lo creo;
Pues si como dices fué,
Tengo en mi cuarto, me acuerdo,
Un vidrio en la celosía
Sin rotura ni agujero,
Y por él se entra la luz,
Quedándose el vidrio entero.
Dame el agua del bautismo,
Que ser cristiana deseo.—
Un sacerdote cautivo
La administró el sacramento,
Fuente que lava la mancha
De aquel pecado primero,
Y en María de Jesus
Le echó de cristiana el sello;
Y este secreto quedó
Entre los tres encubierto,
Y desposados quedaron
Por la voluntad del cielo.
Sintiéndose ella preñada,
Llamó á su esposo en secreto
Y dijo queria irse
A la ciudad de Toledo,
Porque recibiese el fruto
De su vientre el estupendo
Lavatorio en sacra pila
Con sus cristianos deseos.
En esto ya convenidos,
Una industria dispusieron
Para engañar á su padre:
Metióse en la cama, y luego
Que su padre vino á verla,
Algo penado, diciendo:
—¿Qué tienes, hija querida?
—Yo, padre mio, me siento
Sumamente accidentada,
Y por mi divertimiento
Quisiera que me llevaras
A la quinta, que con eso
Discurro tendria alivio
De estas tristezas que tengo.—

Se lo concedió su padre,
Y el viaje dispusieron;
Y un día, estando en la quinta,
A María le dió el cielo
Los dolores de su parto,
Y parió un infante bello,
Hermoso á las maravillas;
Y estándole dando el pecho,
Entró su padre, y lo vido,
Y dice:—¡Infame! ¿qué es eso?—
Y le responde animosa:
—Padre mio, este es tu nieto.
Sábeta que soy cristiana,
Y soy muy gustosa en serlo.
—¿Cristiana? ¿Qué es lo que dices?
¿Y has tenido atrevimiento
Para dejar á Mahoma?
¿Cómo á mí me dices eso?
¿Pues qué se dirá de mí
Entre moros caballeros?
He de quitarte la vida,
Y á ese niño que estoy viendo,
Que mas quiero que tú mueras,
Que vivir con tal desprecio.—
Y echando mano á un puñal,
Levantó el brazo soberbio:
Fué á dar un golpe á su hija,
Soltó de la madre el pecho
El niño, y así le dice:
—Detente, querido abuelo,
No me mates á mi madre,
Que es quien me da el alimento:
¡Mira que te mira Dios,
Y el castigo tendrás cierto!—
Quedóse el moro confuso
De oír al infante tierno,
De unos tres dias nacido,
Y viendo aqueste portentoso
Abrazó tierno á su hija,
Y después besó á su nieto.
Recogió toda su hacienda
Con gran cuidado y silencio;
En una nave se embarcan
Padre, madre, hijo y abuelo;
A Valencia arriban todos,
Y desembarcados luego,
Se vinieron transitando
Hasta llegar á Toledo.
Hallando á su padre vivo,
Los recibió placentero:
Al moro lo bautizaron,
Y Juan de Dios le pusieron,
Al nieto Manuel de Dios,
Y quedaron muy contentos;
Y la pluma, ya rendida,
Pide perdon de sus yerros.

(Celinda y Don Antonio Moreno, etc. Pliego suelto.)

1291.

LA PRINCESA CAUTIVA.—I.

(Anónimo¹.)

¡Ah de los montes y selvas,
Y breñas enmarañadas,
Adonde las avecillas
Entre pimpollos y ramas,
Con músicas y gorgoros
Al Rey del cielo dan gracias!
¡Ah de todos los vivientes!
Oigan mi historia envidiada:
Atencion, que ya comienzo.
En Venecia, la nombrada,
Nací, y á mis veinte abríles
Mi padre un día me llama,
Diciéndome:—Hijo querido,
Pues que hay hacienda sobrada
Y en oro y plata tenemos